

LA MANTA Y LA RAYA

NÚM. 19



Teresa Irene Barrera, (2011)

Universos sonoros en diálogo

septiembre 2025



LA FERIA DE ACAPULCO Y EL GALEÓN DE MANILA

Diario de
**Giovanni Francesco
Gemelli Carreri,**
febrero de 1697 *



Vista de Acapulco, Adrian Boot 1628. Litografía de la Benson Latin American Collection, Universidad de Austin, Texas.

En cuanto a la ciudad de Acapulco, me parece que debiera dársele más bien el nombre de humilde aldea de pescadores (tan bajas y ruines son sus casas, hechas de madera, barro y paja) que el engañoso de primer emporio del mar del Sur y escala de la China. Está situada a 17 grados de latitud menos algunos minutos, y a 266 de longitud, al pie de altísimos montes, que la defienden por el lado de oriente, pero que la someten a graves enfermedades desde el mes de noviembre hasta todo mayo. Estábamos en el mes de enero, y no obstante yo sentía el mismo calor que en Europa en el tiempo de la canícula; lo que en parte sucede por no caer nunca lluvia durante los siete meses mencionados, sino alguna solamente desde junio hasta todo octubre, la cual sin embargo no basta para refrescar el ambiente. Debe notarse, con todo, que en Acapulco, en México y en otros lugares de la Nueva España, no llueve jamás por la mañana, de modo que a quien no quiera mojarse le conviene despachar sus asuntos antes de mediodía, y luego estarse en casa. Por tal destemplanza y por su terreno

alpestre, Acapulco necesita proveerse, en lo que toca a su sostenimiento, en otros lugares; y por ello vivir cuesta caro, no pudiéndose gastar menos de un peso de a ocho al día por una buena mesa. La habitación, además de ser muy caliente, es fangosa e incómoda.

No habitan por ello más que negros y mulatos (los nacidos de negros y blancas) y muy raramente se ve algún nativo del lugar, de rostro aceitunado. Los comerciantes españoles, terminado el negocio y la feria que se hace por las naos de China y por los navíos del Perú (que suelen venir cargados de cacao), se retiran a otros lugares, y parten también los oficiales reales y el castellano, por causa del aire malo, y así queda la ciudad despoblada. No tiene ésta, pues, cosa buena, más que la seguridad natural del puerto, que siendo a manera de caracol y con igual fondo por todas partes, quedan en él las naves encerradas, como en un patio ceñido por altos montes; tanto, que se atan a los árboles que hay en la orilla. Se entra en el mismo por dos embocaduras: una pequeña por la parte del noroeste y la otra grande por la del sudeste. Defiende la entrada el castillo con cuarenta y dos piezas de artillería.

* Texto publicado previamente en *Viaje a la Nueva España*, Giovanni Francesco Gemelli Carreri, pp. 7-13, de Francisca Perujó, 1983, UNAM

ría de bronce, y sesenta soldados de guarnición. Este puerto da como ganancia al castellano (que es también *justicia mayor*) no menos de veinte mil pesos de a ocho al año, y poco menos al contador y a los otros oficiales. El cura o párroco, aun cuando por el rey no tenga más sueldo que ciento ochenta pesos al año, gana no obstante sus buenos catorce mil pesos al año, haciéndose pagar a un precio carísimo la sepultura de los forasteros, no sólo de los muertos en Acapulco, sino también en el mar, en las naos de China y del Perú. Como ejemplo, no querrá menos de mil pesos por un comerciante acomodado. En vista de que el tráfico en el lugar es de millones de pesos de a ocho en pocos días, de ello se sigue, pues, que cada uno en su oficio gane mucho; de modo que un negro apenas se contentará con un peso de a ocho al día. En fin, todos viven del puerto; y el hospital no sólo recibe un tanto de las pagas de los soldados, sino además grandes limosnas de los comerciantes, que luego se distribuyen largamente a los otros conventos y misionarios.⁽¹⁾

1 Antes que él, el misionero Pedro Cubero Sebastián en su *Breve relación de la peregrinación que ha hecho de la mayor parte del mundo*, publicada en Madrid en 1680 (véase el capítulo III del estudio preliminar, p. XCVI-XCVII) decía del puerto de Acapulco: "... es muy seguro para las naos., porque se puede cerrar con una cadena y por gran tempestad que haya el galeón está muy seguro porque es una Abadía rodeada toda de montes ...", *Peregrinación del mundo*~ Madrid, Atlas, 1943, p. 163. Alcedo dice asimismo, de Acapulco: "... su vecindario es de cerca de 400 familias de Chinos, Mulatos y Negros. Tiene... una Contaduría con dos Oficiales Reales, que son Contador y Tesorero, para cobrar y llevar la cuenta de los derechos que producen los géneros que conducen las Naos de la China... lo habitan 8 familias de Españoles... El único comercio que mantiene es la Feria que se celebra cuando llegan las Naos de la China ... en un Promontorio que sale al mar, está situado el Castillo y Real Fuena de San Diego, coronado con 31 piezas de artillería... para defender la entrada del puerto, que es seguro y espacioso; de modo que pueden anclar en él 500 Navíos cómodamente... El gobernador del Castillo es Castellano, con título de Teniente General de las Costas de la mar del S.; para cuyo resguardo, compone todo el vecindario tres compañías de Milicias, una de Chinos, otra de Mulatos, y la tercera de Negros, que ocurren a tomar las armas siempre que oyen tres canonazos disparados con intermisión". Véase: Antonio de

No carecen estos estériles montes de caza, hallándose ciervos, conejos y otros animales; y, en cuanto a volátiles: papagayos, tórtolas (más pequeñas que las nuestras y con las puntas de las alas de colores) que vuelan hasta dentro de las casas, mirlos con la cola larga, patos y otras aves tanto europeas como propias del país.

El jueves 24 surgió una disputa por la precedencia entre el general de China y el almirante del Perú, al pretender éste que el otro bajara la bandera, por ser su nave de la armada real, y el bajel de China, mercantil. Por su parte estimaba el general de China que su nave, como capitana, debía preceder a la almirante. Entretanto, teniendo ambos enorbolada la bandera, el primero en el palo mayor, y el segundo en el trinquete, escribieron al virrey de México para terminar la diferencia.

Casi todos los oficiales y comerciantes que venían en las naves del Perú, bajaron a tierra para alojarse, llevando consigo dos millones de pesos de a ocho, para emplearlos en mercancías de China, por lo cual el viernes 25 viose Acapulco transformado de rústica aldea en una bien poblada ciudad; y las cabañas, habitadas antes por hoscas mulatos, ocupadas todas por gallardos españoles. A lo que se añadió el sábado 26, una gran afluencia de comerciantes mexicanos, con muchas sumas de pesos de a ocho, de mercancías de Europa y del país.

Siguieron entrando el domingo 27 muchas mercancías y bastimentos para alimentar a tal multitud de extranjeros; porque, como se ha dicho, los montes vecinos son estériles, y las pocas frutas que producen, aunque por fuera parecen hermosas, no pueden comerse sino azucaradas.

Llegaron el lunes 28 algunos religiosos betlemitas, pidiendo limosna a fin de pasar al Perú. Esta es una religión fundada con la aprobación

Alcedo, *Diccionario / geográfico-histórico / de las Indias Occidentales / ó América / es a saber: / De los Reynos del Perú, / Nueva España, Tierra Firme, Chile y Nuevo Reyno de Granada ...*, Madrid, Imprenta de Benito Cano, 1786, vol. I.



La Feria de Acapulco; cautivos negros a la venta. Fragmento de un cuadro de finales del siglo XVIII. MEMÓRICA, AGN, Afromexicanos, sala 1, foto 6; https://memoricamexico.gob.mx/es/memorica/Afromexicanos_sala_1.

del Sumo Pontífice Inocencio XI. Su hábito es semejante al de los capuchinos, y como ellos viven de limosnas; su instituto es similar al de los hospitalarios, puesto que su ocupación es curar y servir a los convalecientes mientras recobran las fuerzas; y esto lo hacen con mucha caridad, y hasta les sirven de rodillas. Llevan a la izquierda del manto la imagen del nacimiento de Jesús, y por ello son llamados por los españoles padres de Belén. Como nuevos, tienen pocos conventos en las ciudades de México, Puebla de los Angeles, Lima, Oaxaca, Guatemala, y en otros lugares.

El martes 29, habiendo ido a pagar la visita a un español de la armada, aquél para obsequiarme, en vez de chocolate me dio a beber la hierba del Paraguay. Nace ésta en el Paraguay (que depende del gobernador de Buenos Aires), de un árbol que no pasa de la altura de un hombre; y a decir verdad, no me parece muy diferente del mirto de Europa. Las hojas se secan a la sombra y luego en el horno, y así secas se transportan en sacos de cuero vendiéndose en todo el Perú, en donde se acostumbra más que el chocolate

en España. Es estimada como bebida saludable en aquel clima seco, porque dicen que es cálida y húmeda, pero, por otra parte, además de no ser nutritiva es insípida, y tiene un gran defecto: que provoca el vómito y quita el apetito. Se prepara poniéndola durante media hora en agua fresca, dentro de un mate (que es una taza hecha de calabaza graciosamente labrada y guarnecida de plata), y luego, mezclada esa agua con otra caliente y azúcar, y separado el polvo de la hierba con una cucharita perforada, se bebe y después se echa agua varias veces sobre la misma hierba, para servirla a muchos. Algunos tiran la primera agua fresca y ponen otra sobre la cual vierten la caliente. Se consume gran cantidad de ella en todo el Perú, pues se estima que apaga maravillosamente la sed. Los campesinos la toman en agua fresca, o también masticando las hojas.⁽²⁾

El miércoles 30, llegó el tesorero del conde de Cañete, virrey del Perú, para ir a Lima y tomar en préstamo de aquellos negociantes cien

² Hierba del Paraguay, es uno de los muchos nombres que se dieron al mate.

mil pesos a nombre de su señor, que los necesitaba para pagar las deudas contraídas, habiendo gastado trescientos mil pesos para conseguir su gobierno y conducir a su familia a las Indias.

El jueves, día último, volvió de México el correo con la asignación de ochenta mil pesos por los derechos reales del galeón; de modo que el viernes, primero de febrero, se comenzó a bajar los fardos o bultos. Entretanto moría cada día mucha gente de la armada del Perú, de un mal casi contagioso, tanto más que el aire malsano y el excesivo calor de Acapulco, no daba lugar a que se recuperaran los enfermos.

El sábado 2 entré a ver el pequeño castillo, el cual, como no tiene foso ni baluartes, es sólo notable por su buena artillería de bronce, suficiente para defender el puerto de cualquier enemigo. El domingo 3 fui a una pequeña fuente, situada al pie del monte, que es el único recreo del lugar. El agua es muy buena, pero brota en poca cantidad.

Entraron el lunes 4 más comerciantes de México, y, con todo, se me dijo que habían venido muchos menos que los otros años, por temor de que los comerciantes peruanos hubieran hecho subir demasiado el precio de las mercancías de China.

El martes 5 me dieron un gran fastidio el calor intolerable y los mosquitos, pero mucho mayor me lo dio el miércoles 6 un comerciante peruano con su charla, porque queriendo sólo a fuerza de hablar (según la costumbre de su nación) obligarme a efectuar con él un negocio, me ocasionó un fuerte dolor de cabeza, sin que se concluyera nada. Lo contrario se ve en los españoles que viven en la Nueva España, pues hacen tratos generosos y con la cortesía debida.

El jueves 7, habiéndose ya descargado todos los bultos, hicieron los estibadores de Acapulco como un funeral, llevando a uno de ellos sobre un féretro y llorándolo como muerto, por haber terminado su ganancia: pues había alguno que se había ganado tres pesos de a ocho al día, y el que



El puerto of Acapulco, México, 1754, Bellin, Paris.

menos, uno. Dos horas después de comer se sintió un ligero terremoto, cuyo ruido, habiéndose oído antes por los montes, habría dado tiempo a cualquiera para salvarse, si hubiera sido más fuerte. Son estos terremotos tan frecuentes en Acapulco, que es menester, por fuerza, hacer las casas bajas.

El viernes 18, queriendo el contramaestre del almirante comprarme un negro, después que fue determinado su precio en cuatrocientos pesos, comenzó a oprimirle los labios, las mejillas y las piernas, para ver si estaba hinchado, sin considerar que los negros tienen por naturaleza los labios gruesos e hinchados. El sábado 9 vi entrar muchísimas mulas cargadas de mercancías y de bastimentos; pero no quise el domingo 10 salir de casa, por el calor insufrible.

El lunes 11 el castellano convidó a su casa al general de China, al almirante del Perú, a don José López, tesorero del virrey del Perú, a mí, y a varios oficiales de la armada, para ver algunos juegos de manos, muy ordinarios, que hacía un

viejo genovés; y lo mejor fue que los convidados pagaron la fiesta, pues el buen viejo al final fue de uno a otro pidiendo su propina, sin perjudicar el bolsillo del castellano.

El miércoles 13, después de mediodía, se hizo a la vela el patache, para llevar al Perú al mencionado don José López. Este, habiendo estado hospedado siempre en casa de don Francisco Meca y Falcés, en donde yo a menudo comía, trabo conmigo una gran amistad, y me propuso repetidas veces que fuera a Lima, porque allí haría que el señor virrey me diera alguna buena alcaldía; mas como yo quería volver a Europa, rechacé la ventaja que se me ofrecía.

Fui el jueves 14 a despedirme del castellano de Acapulco, el viernes 15 del general de China,

y el sábado 16 de don Francisco Meca, dándole las gracias por las muchas cortesías que me habían dispensado.

El domingo 17, siendo el último del carnaval, los negros, mulatos y mestizos de Acapulco, después de comer, corrieron *Parejas* con más de cien caballos y tan bien, que me pareció que superaban en mucho a los grandes que yo había visto correr en Madrid, aunque éstos suelen ejercitarse en el juego un mes antes. No es una fábula que aquellos negros corrían una milla italiana, sujetándose algunos por la mano y otros abrazados, sin separarse nunca o descomponerse en todo aquel espacio. Recogían otros al correr el sombrero del suelo.



Acapulco, México, grabado alemán, Peter Schenk, 1683.